EN ALGÚN LUGAR DE LA COSTA.
TRACIA.
UN DÍA DE JUNIO DEL DUODECIMO AÑO*
DEL IMPERIO DE DOMICIANO

El alba rompía la noche con sigilo, lentamente. Un halo de luz tenue ganaba terreno a la oscuridad, mientras los jirones de la bruma, blancos como la muerte, salían de la ultratumba del mar para abrazarse a los riscos de la costa como una siniestra compañera de los abismos. Era una visión que al emérito decurión le agradaba contemplar, sobre todo, en los días de ritual. Avanzando por el angosto camino que conducía a la playa y al frente del grupo de soldados que formaban su decuria, se sentía bien consigo mismo.

¡Se sentía importante!

Como máximo responsable de la unión de aquellos nueve legionarios que ahora seguían sus pasos, hacía ya tiempo que había encontrado la solución. Una solución sencilla. Un ritual sencillo. Una puesta en escena, donde todos los integrantes del contubernio pudiesen estar al mismo nivel; venerando a un mismo dios. A uno de los dioses más importantes del panteón divino y al mismo tiempo, más cercano a las expectativas de los hombres. A un dios convertido en luz diurna y en sol invicto. A un dios transformado en augurio futuro y, sobre todo, en implacable guerrero frente a sus enemigos. Y eso era para ellos, su principal condición. Su mayor nexo de unión.

Con el rostro serio, caminaban en fila dirigiéndose al mar, vestidos únicamente con un sencillo *peplum* de lana a pesar del ambiente fresco de la alborada. El decurión iba el primero, seguido por tres hombres libres de carga alguna. A partir del quinto, todos llevaban algo que transportar. El quinto soldado, portaba una considerable bolsa de lino colgada en su hombro derecho. El siguiente, amarradas en una cinta de cuero que rodeaba su cuello, transportaba dos ánforas de tamaño pequeño que sujetaba con sus manos para evitar el balanceo. Los soldados séptimo y octavo, cargaban a sus espaldas sendos fardos de leña fina cual borricos de carga. Mientras los dos últimos legionarios, se afanaban por arrastrar, amarrado a una soga, un precioso carnero de cinco años que,

inútilmente, trataba de zafarse de sus captores, quienes, entre juramentos y maldiciones, tiraban del animal obligándole a arrastrar sus patas y a quejarse con bravura, lanzando al aire unos poderosos balidos que rompían la quietud serena del amanecer.

Llegados al borde de la arena y rodeados por una fría neblina que los envolvía hasta la cintura, el decurión se detuvo durante unos segundos. Con sus cansados ojos de veterano, miró hacia la línea marítima del horizonte, donde la efímera aurora comenzaba a descubrir su rosado rostro. Comprendió que no quedaba mucho tiempo y, después de echar un vistazo a su séquito, emprendió de nuevo la marcha dirigiéndose a un pequeño promontorio de rocas, que, a modo de ariete, se introducía unos pasos en las aguas negras del *Ponto Euxino*. En la cima de aquel promontorio se encontraba su meta. Entre arbustos y florecillas silvestres, un grupo de rocas de granito formaban un semicírculo, casi perfecto, donde aquel grupo de bravos guerreros romanos habían construido su altar. Allí celebrarían su ritual. Allí unirían sus voluntades y sus augurios en una ceremonia conjunta para honrar, guiados por su superior, a la advocación mas guerrera del *Febo solar*.

Así, alcanzada la cima, todos ellos se apresuraron a colaborar en la preparación del evento. Los dos hombres que custodiaban el carnero, clavaron una estaca en el suelo donde amarraron cuidadosamente al animal, que sin desmayo seguía balando con fuerza como si quisiera competir con el rumor de las olas. Al mismo tiempo, los dos porteadores de la leña amontonaron los fardos mientras un tercero intentaba prender un puñado de yesca golpeando dos piedras sacadas de la bolsa de lino. Aquel diestro legionario, con la fuerza y la precisión de quién está acostumbrado a realizar tal cometido, provocó casi al instante una fina llama en la yesca, que colocada bajo el montón de leña, originó una bonita hoguera. Era lo que el decurión y el resto de soldados estaban esperando. Era la señal que marcaba el inicio de la ceremonia.

Se colocaron todos mirando hacia el mar, rodeando la hoguera, donde unas crepitantes llamas parecían querer competir con los primeros rayos del carro de *Helios*, que ya asomaban por el horizonte del *Ponto*. El decurión extendió sus manos, con las palmas hacia arriba, al tiempo que empezaba a recitar una suave plegaria seguida por casi todos los presentes. Mientras los demás oraban, el legionario que portaba la bolsa de lino comenzó a sacar diez vasos de cerámica que fue llenando con una mezcla de vino y agua, extraídos de las dos pequeñas ánforas. También sacó de la bolsa una paleta de libaciones, que una vez llena de vino puro, sostuvo en sus manos hasta que los demás terminaron la plegaria. Una vez concluida el decurión tomó la paleta de libaciones que le ofrecía su subordinado y con un semblante solemne, se acercó a las llamas de la hoguera. Con movimientos pausados, fue realizando la libación ante la atenta mirada de

sus compañeros, arrojando aquel vino puro a las llamas purificadoras mientras rogaba a la divinidad por su benevolencia. Apenas hubo terminado aquella rogativa, los diez legionarios se introdujeron la mano en el pecho para sacar de debajo del *peplum* unos colgantes de oro que comenzaron a reflejar, al instante, la luz matutina de Apolo. El decurión cogió uno de los vasos de vino aguado, en un gesto que fue imitado por los demás. Alzaron los vasos al aire, y en un brindis simbólico con el disco solar, lanzaron una potente exclamación al unísono:

–¡AVE, HECATÓBOLO!

Después, con un movimiento coordinado como si de una danza se tratara, los diez hombres se bebieron el líquido de los vasos y permanecieron con los ojos cerrados durante unos segundos. Al abrir los ojos, el decurión sonrió. Todo estaba saliendo bien. Inundado por los rayos del astro diurno que ya había sobrepasado la línea del horizonte, volvió su rostro hacia los dos legionarios que habían traído el carnero y con un ligero gesto les ordenó:

–¡Traed al animal! Ha llegado la hora del sacrificio.

Presurosos por obedecer a su jefe, los dos soldados abandonaron el grupo y se abalanzaron sobre el carnero con la decidida intención de acercarlo a la piedra que utilizaban como altar de sacrificio, y así, cumplimentar la ceremonia como tantas otras veces. Muy pronto se percataron de que aquel animal no estaba dispuesto a colaborar y lo demostró de la única forma que sabía; embistiendo.

Antes de que los dos oficiantes llegaran a la altura de la estaca clavada, el animal embistió. Con la testa baja, le propinó un fuerte golpe con sus cuernos a la rodilla izquierda del primer legionario, que derrumbándose hacia atrás, empujó a su compañero haciendo que los dos acabasen con sus cuerpos entre los arbustos. En cualquier otro momento, aquella escena habría provocado la hilaridad de todos los allí congregados, pero en aquel promontorio, nadie se rió. Y mucho menos cuando, justo en aquel instante, una bruma marina de grandes proporciones se colocó delante del sol, tapando su brillo.

Todos los presentes comenzaron a mirarse unos a otros, como preguntándose que era lo que pasaba. Por eso, el veterano decurión, se apresuró a reaccionar y a tomar las riendas de la situación, antes de que el desánimo cundiera. Acercándose al maltrecho subalterno, comprobó como su rodilla estaba completamente enrojecida por el golpe, mientras su compañero se levantaba de entre los arbustos lleno de rasguños en los brazos y las piernas. Brutalmente enfurecido, trató de abalanzarse sobre aquel bravo carnero con la firme intención de estrangularlo con sus propias manos. Sólo la pericia de su superior pudo detenerlo, y sobre todo, apaciguarlo.

–¡Tranquilízate, por *Júpiter*! ¡Es nuestra ofrenda!

El decurión se volvió a los demás y con una orden tajante, les instó a que se encargaran de aquel maldito animal. Apenas oyeron la orden, cuatro de aquellos

fornidos legionarios se apresuraron a obedecer a su jefe y rodeando al carnero, se lanzaron encima de él hasta reducirlo, para su desgracia y para regocijo de sus captores.

Trabadas sus pezuñas, fue transportado en volandas por los cuatro hombres y depositado sin miramientos en la piedra reservada como altar. Allí, sujetándolo con todas sus fuerzas, esperaron la llegada de su decurión, quien sacando una preciosa daga de la bolsa de lino, se colocó ante la cabeza del animal dispuesto a culminar el sacrificio. Sus brazos eran poderosos, y sus manos vigorosas. Estaban acostumbrados a cargar con el peso del escudo y a luchar con la espada desde hacía cuatro lustros. Cansado ya de los persistentes balidos de la bestia y de su obstinada resistencia, el veterano decurión agarró uno de los cuernos del animal y lo sujetó con fuerza contra la roca. Sin más dilación, acercó la daga al cuello del carnero y hundió su filo cortante en la garganta de la ofrenda, deseoso de que la roja sangre brotara en abundancia para beneplácito de su dios.

Si algún augur del colegio oficial de Roma hubiese estado presente en aquella ceremonia, seguramente se habría estremecido por el profundo escalofrío que le habría recorrido sus entrañas, al contemplar aquella visión. Cuando la daga atravesó la garganta, la punta apareció por el otro lado limpia, reluciente. Ni una gota de sangre brotó de aquel cuello, para estupor del decurión oficiante y para sorpresa de todos los demás. Reaccionando con rapidez, la mano diestra de aquel fornido legionario comenzó a realizar frenéticos movimientos, cortando músculos, tendones y traquea, mientras con la otra mano, trataba de sujetar la cabeza de aquel animal provisto, al parecer, de una fuerza sobrenatural. Por fin, la sangre brotó. Pero su aparición no fue motivo de alegría para nadie de los allí presentes.

En lugar de brotar un río de sangre ceremonial, esta apareció de forma explosiva, en un estallido de sangre y de babas que salpicó y ensució a los cinco hombres que sujetaban a aquel siniestro animal. Después, durante su lenta agonía, aquella nefasta ofrenda fue apagando su vida, mientras incrustaba en el rostro de los hombres allí reunidos, la máscara de la preocupación.

Nadie supo con certeza cuanto tiempo estuvieron así; esperando que la vida se apagara en aquel cuerpo lanudo. Pero lo que si presenciaron, fue la llegada de una fría bruma que lo envolvió todo.

Emergiendo desde las aguas del mar, como si fuese el aliento enojado del dios *Neptuno*, la bruma fue tragándose primero la línea del horizonte, después las negras aguas del *Ponto*, para luego, engullirse todas las tierras de la costa. Con un sudor frío que le recorría la frente y la nuca, el emérito legionario contemplo la escena con angustia. Hacía más de quince años que venía realizando el mismo ritual –primero como simple legionario y desde hacía ya siete años como decurión– y nunca en todo ese largo periodo había sucedido lo que estaba

CRÍTICAS EDITORES

ocurriendo ahora. Con un sacrificio horrorosamente ejecutado. Manchado de sangre en la ropa, los brazos y las piernas. Y envuelto en una fría bruma que le impedía ver la luz solar que tanto adoraba. Su mente no podía soportarlo más. Por eso empezó a preguntarse: ¿A que dios hemos enojado?

¿Habrá sido a *Neptuno*?

¿O a *Helios*?

¿O al mismísimo *Marte?*

En su interior, se negaba a admitir que hubiesen ofendido a su dios principal, a la luz que guiaba sus pasos desde hacía tantos años. Soltando la cabeza del carnero y dejando caer la daga al suelo se levantó para girar sobre sus pies e intentar mirar el casi inapreciable mar y sobre todo, el ya desaparecido horizonte. Alzando los brazos al cielo y levantando la voz, pidió a los dioses un augurio; una señal.

Y la señal llegó. ¡Abrupta! ¡De repente!

Sin que ninguno supiera realmente de donde surgían, una pareja de cuervos apareció de improviso en el cielo, revoloteando durante unos minutos sobre las cabezas de los legionarios, lanzándose duros ataques, el uno contra el otro, con sus picos y sus garras. Al ver aquella escena, el decurión se derrumbó. Al fin lo comprendía todo. Hincando sus rodillas en el suelo, el emérito decurión comprendió que su dios les había abandonado y una maldición, un mal augurio, se había apoderado de su decuria… Para siempre.

CRÍPTICA EDITORES

GRÁFICAS EDITORES

CAPÍTULO I

Si alguien me preguntase cuál es el recuerdo más agradable que poseo de la ciudad de *Cesaraugusta*, juro por todos los dioses que no sabría qué contestar. Son demasiados. Creo que sería imposible, mentalmente, separar uno del resto. Por eso, desde la perspectiva que da el paso del tiempo, creo que lo mejor será enumerarlos todos ellos desde el principio. Aún a riesgo de cometer algún error temporal.

Sé que cuando llegué a la excelsa colonia bañada por el río *Iberus*, corría el undécimo año* del glorioso imperio de Ulpio Trajano. También estoy seguro de que cuando entré en la ciudad, era principio del mes de abril. Casi estoy convencido de que era el día posterior a la calenda*. Lo que no consigo extraer desde el fondo de mis recuerdos, es la impresión que me produjo la propia ciudad de Cesaraugusta. No sé si me pareció limpia o sucia. Si la encontré grandiosa o ridícula. Mi cabeza, ese día, estaba demasiado embotada como para fijarse en detalles nimios. Después de haber recorrido más de 90 millas desde la residencia privada de mi maestro y preceptor, con las piernas cansadas tras una caminata de seis días y con el nerviosismo natural de un joven de 19 años recién cumplidos, que se enfrenta a una etapa nueva en su vida, la verdad es que no tenía muchos deseos de apreciar los detalles. El único deseo que inundaba mi mente era alcanzar mi objetivo: la oficina del Legado jurídico de *Cesaraugusta*, la máxima autoridad judicial del convento jurídico cesaraugustano.

Eso si lo tengo claro. El primer recuerdo que viene a mi mente con fuerza, es la audiencia que tuve aquella mañana con el ilustre magistrado. Allí, de pie entre aquellas cuatro paredes blancas que constituían el amplio despacho del Legado, situado en el segundo piso del edificio que albergaba las instalaciones de la oficina, mi cuerpo luchaba entre desplomarse en el suelo para descansar, o permanecer allí firme cual gladiador, ante el examen exhaustivo que de mi realizaba la persona que tenía delante. No sé ni como fue, ni porqué. Lo que sé es que venció el minúsculo gladiador que había dentro de mí y me mantuve allí, firme como una roca, delante del individuo que se iba a convertir en mi patrón.

Él estaba tranquilo, sentado detrás de una gran mesa de roble ricamente trabajada. A pesar de estar sentado, la primera impresión que me dio fue la de encontrarme ante una persona corpulenta, aunque no obesa. Su rostro era rectilíneo, con las facciones duras. Su boca y su nariz recta estaban perfectamente sincronizadas. Así como su ancha frente, que remataba en un pelo corto, negro y finamente arreglado. Como diría uno de mis antiguos compañeros de juventud: tenía un rostro escultórico. Quizás el único defecto que podía sacarse de aquel rostro, se encontraba en los ojos. No en los ojos propiamente dichos –de un tamaño no demasiado grande y de un color verde oscuro bastante corriente– sino de la parte superior de dichos ojos: en las cejas. Grandes y profusamente pobladas, recordaban la imagen del antiguo general Mario representado en las viejas esculturas. Pero no; él no era el glorioso Cayo Mario. Él solo era Marco Trobo: Legado jurídico de Cesaraugusta.

Ajeno a mis deducciones, aquel hombre permanecía recostado en su silla, leyendo con atención el pergamino que yo mismo le había entregado unos minutos antes. Era una carta personal de mi maestro, dirigida a su antiguo amigo de juventud, convertido ahora, en un ilustre magistrado imperial. Nunca pude leer aquella misiva, aunque supongo, que mi adorado y recordado maestro intentaría convencer a su antiguo amigo, sobre la conveniencia de colocar a un modesto muchacho de provincias como yo, bajo su protección, para iniciar mi carrera profesional en la judicatura.

Lo que sí recuerdo es cómo, de vez en cuando, el Legado Marco Trobo apartaba la vista del pergamino para clavar sus ojos en mí. Estoy seguro que no lo hacía para admirar mi belleza. En aquel entonces, era un flacucho que no llegaba a los 6 pies* de altura. Con una piel más blanca que el *peplum* con el que iba vestido. Con unos brazos y unas piernas que poco faltaban para ser esqueléticos. Y con un rostro alargado, donde destacaban unos ojos pequeños y negros, y una nariz prominente, más por el efecto de la delgadez que por el de su verdadero tamaño. No; podía decirse con seguridad, que no era el prototipo de efebo que adoraban los patricios romanos. Su curiosidad fue simplemente profesional.

–Te llamas Flavio Cino, ¿verdad? –preguntó– Y eres natural de *Clunia,* ¿no es así?

–Sí, señor. Así es. –Le conteste.

–¿Cómo está mi querido amigo Marceliano? Hace años que no sé nada de él. Ni siquiera tenía constancia de que ese viejo zorro estuviera tan cercano.

–Hace una semana estaba bien. –le informé– Compartió su sabiduría conmigo hasta el último momento. Cuando nos despedimos, me dijo que usted era la mejor elección posible para comenzar mi experiencia. Él si sabía donde estaba usted. En esta ciudad.

–¡Sí! ¡Seguro que sí! –exclamó– A ese viejo bribón no se le escapa nada. Tiene más contactos que el propio emperador.

El rostro del Legado se iluminó con una amplia sonrisa mientras se sumergía en sus pensamientos personales. Inclinó su cuerpo hacia la mesa y volvió a ojear el pergamino que le había escrito su gran amigo.

–Según lo que aquí esta escrito, –comenzó a decir– posees una gran inteligencia para resolver problemas y misterios. También dice que posees una buena elocuencia y que eres tenaz y constante en los argumentos que planteas –hizo una pausa y después continuó.– No está mal para el tipo de trabajo que quieres realizar. ¡Podría decirse que eres una joya!

–Mi maestro siempre me decía, que soy como una pepita de oro.

–¡Si! Posiblemente tenía razón –dijo mientras se recostaba otra vez en la silla–. Pero lo que no te dijo, es que una pepita de oro hay que pulirla para conseguir su máximo valor.

Hizo una pausa sin dejar de mirarme, como buscando una respuesta por mi parte acerca de su aseveración. Yo, en estado de alerta, permanecí mudo, serio e inmóvil, esperando ver por donde salía aquel prohombre romano que me escrutaba profundamente con aquellos ojos verdes. Después de unos segundos que a mí me parecieron eternos, cruzó los dedos de sus manos encima de su barriga y comenzó a soltarme su pequeño discurso.

–Si trabajas para mí, deberás estar preparado para cualquier imprevisto –comenzó a decir–. Esta oficina, representada en mi persona, es solo un reflejo, una prolongación de la máxima autoridad provincial. Estamos aquí para ayudar a nuestro *Augusto Propretor* a impartir justicia en este amplio y vasto territorio. Nuestra principal tarea es actuar como una segunda audiencia, como un tribunal de apelación. ¡Debemos juzgar lo que ya ha sido juzgado! ¡Revisar lo que ya ha sido investigado! Dilucidar si los *duunviros* de ésta u otras colonias han sido justos y ecuánimes, o si por el contrario, han caído en las garras de la corrupción y de la injusticia.

"Además de toda esa tarea, también tenemos la potestad para emprender investigaciones propias. Cuando los delitos cometidos son de tal gravedad, o cuando exceden el territorio de una colonia o un municipio, esta magistratura que yo encarno, tiene la suficiente autoridad como para comenzar una investigación judicial pasando por encima de las magistraturas locales, aunque ello conlleve fricciones y enfrentamientos con algún vanidoso *duunviro* o algún receloso *edil*. ¡Yo represento la justicia del imperio! ¡La justicia de nuestro divino emperador! ¿Has comprendido la importancia del trabajo que quieres emprender?"

–¡Sí, señor! –contesté seriamente– Lo he comprendido perfectamente.

–¡Muy bien! –exclamó– Entonces, si mi querido amigo Marceliano está convencido de que estás preparado para este trabajo, no voy a ser yo quien le contradiga.

Mientras realizaba aquella sentencia, Marco Trobo se levantó de su silla alzando su corpulento cuerpo y rodeó la mesa para acercarse a mí. Era alto, un poco más que yo, pero su corpulencia le hacía parecer enorme al lado de mi flaco cuerpo. Después, cogiendo con su vigorosa mano mi delgado antebrazo, dijo las palabras que yo deseaba escuchar.

–¡Flavio Cino! Desde este momento estás contratado como ayudante del Legado jurídico del convento cesaraugustano – me anunció–. Trabajarás todos los días propicios de acuerdo con el horario de esta oficina. Recibirás unos honorarios de 140 denarios anuales. ¿Te parece bien?

–¡Naturalmente que sí! –exclamé, mientras un ligero rubor comenzaba a inundar todo mi cuerpo.

–¡Estupendo! ¡Loados sean todos los dioses! –sentenció mientras soltaba mi brazo– Tomemos una copa para sellar nuestro contrato.

Apartándose de mí, Marco Trobo se acercó a un pequeño mueble que había junto a la pared y extrajo de su interior una preciosa jarra de vidrio azulado llena de vino. Cogió dos copas de cristal muy trabajado y las lleno con una mezcla de vino y agua, para después, volver a acercarse a mí. Me ofreció una y brindamos. Luego bebimos sin decir palabra y mi estomago vacío recibió aquel caldo como si de un puñetazo se tratara. Debo decir, que a pesar de todo, aguanté. Y debí causarle buena impresión, al menos, por la curiosidad que desperté en él.

–Hay un dato en la carta de tu maestro que me ha llamado la atención –explicó–. Indica que tienes una gran facilidad para aprender otras lenguas. ¿Es eso cierto, Cino?

–¡Sí, señor! ¡Es cierto! –le contesté.

–¿Y cuantas lenguas dominas, si puede saberse?

–Actualmente –contesté viniéndome arriba– sé hablar y leer correctamente latín, griego, fenicio, arameo y varios dialectos de tribus ibéricas. Además, tengo nociones del antiguo egipcio y del hebreo.

–¡Por *Júpiter*! ¡Y por *Minerva* también! ¿De dónde ha salido tal prodigio?

Ante el asombro de mi nuevo patrón y con una euforia que rebosaba todo mi ser, no tuve ningún problema en explicarle, cómo aquella afición por las demás lenguas me la inculcó mi padre durante los tiernos años de mi niñez. Mi progenitor había nacido en el puerto de Ostia y durante muchos años trabajó como marinero recorriendo el *Mare Nostrum* de un extremo a otro. Durante aquellos viajes, fue aprendiendo fragmentos y frases sueltas de otras lenguas, que luego, en el calor del hogar, fue transmitiendo a sus dos hijos. A mi hermano, apenas le interesaban aquellas historias. Pero en mí, despertaron una curiosidad arrolladora que fue creciendo con los años. Era tal mi implicación en aquella afición y en aquel estudio, que incluso mis compañeros y mi propio maestro, acabaron por otorgarme un apodo a mi nombre: "Políglota".

CRÍTICA EDITORES

–El de las muchas lenguas –tradujo Marco Trobo–. Es realmente apropiado. Solo hace falta que a ti no te desagrade.

–De ninguna manera. –Le contesté– ¡Me gusta!

–Hay otra cosa que no acabo de comprender, Cino… Políglota. –comenzó a decir mientras se servía un poco más de vino– Dices que tu padre nació en Ostia y paso muchos años navegando por el mar. Lo que no consigo entender, es cómo un marinero experimentado acabó sus días en las secas llanuras de Clunia.

Con una seguridad y un aplomo, que en cualquier otro momento me habría asustado a mí mismo, comencé a relatarle, con todo lujo de detalles, la última travesía marítima de mi padre. Le conté cómo mi progenitor partió de la ciudad africana de *Leptis Magna*, rumbo al puerto galo de *Massilia*, y como en medio de la travesía, fueron atrapados por una enorme tormenta que los arrastró hacia el oeste. La furia de *Neptuno* les llevó velozmente hasta las costas de *Hispania*, haciéndoles naufragar en un punto del litoral entre las colonias de *Tarraco* y *Barcino*. Allí, socorridos por los lugareños, los pocos supervivientes que hubo, lograron alcanzar la playa y aferrarse al último aliento de sus vidas. Fue entonces cuando mi padre tomó la decisión de abandonar el mar y dedicarse a un trabajo menos peligroso.

Como si de una inspiración divina se tratase, a los pocos días de estar completamente recuperado, encontró trabajo en la empresa de un mercader de *Tarraco* dedicado a distribuir mercancías orientales por el interior de la provincia. En uno de esos viajes, el suave viento amoroso de *Venus* le hizo conocer a mi madre, mientras descansaban en la ciudad.

–De ese modo, –proseguí– cuando regresaron de vuelta, mi padre decidió abandonar la empresa e instalarse en Clunia. El resto es… , pura historia familiar.

–Aunque no menos importante. ¡Al menos para ti! –sentenció Marco Trobo– ¡Muy bien muchacho! A partir de ahora deberás forjarte una historia propia y espero que cumplas las expectativas que tu maestro ha puesto en ti. Comenzarás mañana a primera hora, pero si lo deseas, puedes bajar abajo y conocer a los que serán tus compañeros. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que resolver.

Dándose la vuelta, Marco Trobo se encaminó nuevamente a su silla, mientras yo, obediente, me apresuré a dejar la copa vacía en el mueble y a salir de aquel despacho al que tendría que volver innumerables veces, a lo largo de los próximos meses.

No lo voy a negar. Bajé las escaleras, iluminadas por la luz de la puerta de entrada, lleno de gozo. ¡Había conseguido mi objetivo! Así, como flotando en una nube, llegué al primer piso donde un pequeño vestíbulo apareció ante mis ojos en el mismo sitio donde una hora antes apenas había distinguido nada. Ahora, conseguido mi propósito, el agudo sentido de la observación que tanto gustaba a mi maestro, volvía a aflorar con fuerza y me hacía percibir, delante de mí, tres puertas que parecían simular una encrucijada interior.

Frente a mí estaba la primera: la entrada del edificio. Vomitando hacia el interior la luz diurna, dejaba ver por su hueco un pequeño patio exterior a modo de falso atrio de unos quince pasos de largo por veinte de ancho, adornado con una docena de macetas florales y tres pequeños bancos de piedra. Al fondo de aquel patio, y por encima de la tapia que lo cerraba, se veía la imponente mole columnada de la *Basílica* cesaraugustana, el edificio donde se impartía justicia, y que con su robustez, nos separaba del *Foro* colonial situado al otro lado.

La segunda puerta, situada a mi izquierda, daba acceso a una estancia sobria, casi lúgubre, iluminada tan solo por dos pequeños ventanucos. Era un habitáculo amplio, con unos seis pasos de anchura y al menos doce o quince de profundidad, aunque parecía más grande por el hecho de estar prácticamente vacío. Solo había en él un banco de madera sujetado a la pared y varios taburetes esparcidos por la habitación. Como pude comprobar de inmediato al asomar la cabeza, aquella estancia estaba destinada a ejercer el papel de cuartel a la decuria de guardias *pretorianos* que el Legado jurídico tenía asignada para su uso y protección. Tres de aquellos *pretorianos* estaban ahora descansando, sentados en el banco de la pared, charlando muy animosamente y sin percatarse de que mis ávidos ojos los estaban observando, mientras otros dos, permanecían firmes en el umbral de la puerta principal, tal como yo los había visto poco antes, al entrar en el edificio.

La tercera puerta, situada a mi derecha, era la que más me importaba. Era la puerta que abría mi futuro. Me acerqué a ella con cierto respeto y ví una estancia de dimensiones similares a la que ocupaban los pretorianos, pero al mismo tiempo, completamente diferente. Parecía como si un caos primigenio se hubiese adueñado del lugar. Había una enorme estantería de siete pisos repleta de pergaminos que cubría tres de las cuatro paredes de la sala, llegando hasta el techo situado a unos 10 pies* de altura. En el centro de la habitación, había una gran mesa de madera cubierta de pergaminos abiertos y cerrados, numerosas tablillas de arcilla y una multitud de *stilus*, plumas y tinteros. Había también cuatro pupitres de trabajo distribuidos por toda la habitación, así como un largo perchero colgado en la única pared que quedaba libre de estantería, justo debajo de un gran ventanal que proporcionaba luz al habitáculo.

También había en aquel cuadro, dos hombres que, ocupados en su trabajo, ni siquiera se habían percatado de mi presencia. Uno era alto, aunque no tanto como yo. Parecía delgado, pero sin llegar a mí extremo. Tenía el pelo moreno y corto, a excepción de unos cuantos mechones de cabello más alargados que le cubrían la nuca. Vestido con un *peplum* de color blanco marfil, dejaba ver en sus piernas, sus brazos y su rostro, un color de piel algo cobrizo, similar a la piel de los rudos campesinos quemados por la fuerza del sol veraniego. En aquella primera visión no le pude ver bien el rostro, pues estaba trabajando casi de espaldas a mí, ordenando varios pergaminos en la estantería situada en la pared de enfrente. El otro individuo era más bajo. A pesar de estar sentado en un pupitre, deduje que su estatura era mucho más corta que la mía, aunque su peso, excedía con mucho la de un humilde flacucho como yo. Se le veía regordete, con unos brazos y unas piernas redondeadas y rellenas. Su cabeza se mostraba grande, cubierta con una profusa cabellera rizada de color castaño, con unos ojos grandes y un poco saltones, con la nariz regordeta y redonda, los mofletes rellenos y una boca amplia y carnosa. Enfrascado en la lectura de un pergamino, ni siquiera me vio, y durante unos segundos, jugué con mí cerebro contemplando aquel redondo rostro, tratando de adivinar si estaba más cerca de los veinte años o ya había sobrepasado los veinticinco.

Respirando profundamente, me decidí y entré, saludando con cortesía a los que iban a ser mis compañeros. El más alto, se volvió hacia mí dejando los pergaminos que estaba clasificando y se acercó rápido para estrecharme la mano con una amplia sonrisa en su boca. Su rostro era afable, agradable. Su piel cobriza conjugaba a la perfección con unos ojos pequeños y marrones que dejaban traslucir una vivacidad y una inteligencia bastante apreciable. Su nariz era recta y bien proporcionada. Y su boca no era ni muy grande, ni muy pequeña. Calculé, a primera vista, que debía rondar los 30 años. Tiempo después, supe que tenía 33. En un primer momento pensó que yo era uno más de los muchos ciudadanos que acudían a aquella oficina para resolver sus problemas, pero cuando le expliqué el verdadero motivo de mi presencia, su actitud se tornó, si cabe, mucho más amable.

–¡Por *Júpiter*! ¡Haberlo dicho antes! –exclamó– Adelante, muchacho. Eres la mejor noticia que podíamos recibir.

Colocándome el brazo sobre los hombros, me hizo pasar al interior con una amabilidad natural que me hizo sentir bien. A gusto. A diferencia de la reunión que acababa de tener con el Legado en el piso superior, allí me encontraba mucho más relajado. Me encontraba entre mis iguales y la afable acogida que me brindo Lúculo, –que así era como se llamaba– no vino más que a refutarlo.

–No voy a engañarte… ¿Como has dicho que te llamas? –preguntó.

–Cino. Flavio Cino.–contesté.

–Como decía, no voy a engañarte, Flavio. En esta oficina hay trabajo para cuatro o cinco personas, por lo menos. Pero como nuestro ilustre patrón no quiere gastarse más denarios de los necesarios, tendrás que hacerte a la idea y trabajar duro para complacerle.

–¡Estoy dispuesto! ¡Vengo preparado para conseguirlo! –exclamé.

–Pues entonces, –comenzó a decir el regordete, sin levantar los ojos del pupitre– deja de hacerle la pantomima, Lúculo, y que se ponga a trabajar ahora mismo.

–¡Por las muelas de *Caronte*! –exclamó Lúculo, mirando fieramente a su compañero– ¿Es que no vas a ser amable ni con nuestro neófito ayudante?

Dejándolo absorto en su trabajo, Lúculo tiró de mí empujándome suavemente de los hombros y me hizo recorrer toda la estancia mientras me explicaba las tareas que realizaban allí. Me puso al corriente de cómo preparaban los juicios que el ilustre Legado presidía en segunda instancia, y cómo ellos, siempre con la mayor minuciosidad posible, debían estudiar todas las pruebas, todos los alegatos y la consiguiente sentencia del primer juicio, para prepararle a nuestro superior, un informe lo más detallado posible sobre el caso que se enjuiciaba. Eso se transformaba en muchas horas de lectura, en muchos ratos de estudio y en una sutil disección de todos los datos, para tratar de hallar la verdad. Debo confesar, sin ninguna pretensión vanidosa, que si bien yo ya venía predispuesto a favor del trabajo que iba a comenzar, aquella exposición de Lúculo, con su amable retórica, terminó por convencerme de que aquel era mi futuro. ¡Lo presentí!

Después de aquella explicación, Lúculo me enseñó como se ordenaban y guardaban todas las sentencias de los juicios ya realizados, por si en un futuro alguien deseaba alguna revisión del caso. En aquel momento, comprendí el significado de aquella enorme estantería, cuadriculada con una infinidad de casilleros rebosantes de un número incalculable de rollos oficiales. A renglón seguido, me enseñó un pequeño armario medio camuflado en una esquina de la gran estantería, donde se guardaba todo el material necesario para la labor de la oficina: pergaminos, rollos de papiro, tinteros, plumas, secantes, punzones, tablillas de arcilla. Todo estaba allí, perfectamente guardado. Y por último, nos encontramos, otra vez, delante del pupitre donde trabajaba el regordete. Lúculo extendió los brazos hacia el, y con un claro gesto de mofa, inquirió:

–Y por último, mi querido Flavio, aquí nos encontramos. Ante la persona más deprimida de toda la ciudad de *Cesaraugusta*. ¡Nuestro compañero Crásico! ¡Créeme, muchacho! Si algún día estás muy apesadumbrado por algo, ves a hablar con Crásico y comprenderás que no vale la pena caer tan bajo.

Aquella representación de Lúculo me sentó tan bien, que estuve a punto de echarme a reír, si no fuera por la cara enojada de Crásico y su enrojecida mirada.

Porque si los ojos de un simple mortal, pudieran expulsar los ardientes rayos de Júpiter, aquella mañana de Abril, todas las remesas del Olimpo se habrían dirigido a las cuencas orbitales de Crásico para fulminar a su compañero. Comprendiendo la situación, los dos emprendimos una prudente retirada.

–Muchacho, –me aconsejó– será mejor que nos retiremos a nuestro trabajo. Corren malos vientos por esta zona.

–La verdad es que hasta mañana no debo comenzar mi tarea –le informé–. Antes tengo que solucionar un par de asuntos.

–¿Y cuáles son esos asuntos? –preguntó– Quizás pueda ayudarte a resolverlos.

–El más importante será encontrar un alojamiento estable, si quiero vivir y trabajar aquí. Pero el más acuciante, es tratar de calmar el hambre de mi cuerpo. Llevo casi un día sin probar bocado.

– Pues entonces, deja que te ayude a resolver el problema acuciante –dijo–. Conozco una taberna exquisita para curar el mal de estómago. Así dejaremos que Crásico termine apacible su trabajo.

Cogiéndome del brazo, salimos de la oficina al callejón, bajo la sombra de la *Basílica*, y nos dirigimos a la puerta del *Foro* colonial, pero no entramos, sino que continuamos adelante hasta llegar a la calle *Cardo*, donde se confrontaban las esquinas de los dos *Foros* de la ciudad: el colonial y el comercial. Cruzamos la calle y nos dirigimos a la esquina del *Foro* comercial, donde había una taberna muy concurrida. Debo confesar que aquel día, me habría comido las pezuñas de un asno, pero he de reconocer que el potaje de judías y las perdices en adobo que Lúculo me pagó, estaban deliciosos.

Además, para acabar de redondear la comida, aparecieron por allí dos *pretorianos* de la oficina que regresaban a su puesto después de una misión. Al ver a Lúculo se acercaron, y él, aprovechó para presentarnos. Uno de ellos se llamaba Lucio, y a pesar de no ser demasiado corpulento, en su rostro se notaban las facciones duras de un campesino. El otro, era distinto. Era un prodigio de la naturaleza. Me sacaba más de medio pie* de altura y estoy convencido que sobrepasaba las 300 libras* de peso. Sin embargo, su rostro resultaba juvenil, casi infantil. Aunque el rasgo que más le diferenciaba, era una frondosa cabellera ondulada de color rojizo que justificaba con creces el apodo que le habían puesto. Creo que se llamaba Publio, pero todo el mundo habido y por haber, le llamaba por su apodo:"Púrpuro". Era un bonachón. Todo lo que tenía de fortaleza, lo tenía también de honestidad. Nos caímos bien mutuamente y charlamos un buen rato, incluso cuando Lúculo nos abandono para volver al trabajo.

Debo confesar sin tapujos, que aquel primer encuentro con el bueno de Púrpuro, fue como un regalo de los dioses. Me permitió descargar toda la tensión que llevaba acumulada en los últimos días, y además, encontramos tantos puntos en común a pesar de la diferencia de edad, –Púrpuro tenía 28 años– que puedo

asegurar rotundamente, el hecho innegable de nuestra conexión espiritual. Nuestros genios se complementaban. Y allí, en aquella taberna cesaraugustana, nació una amistad que traspasaría la barrera del tiempo. Durante muchos años, y a pesar de que nuestros caminos se separaron, continué manteniendo una buena amistad con aquel bonachón pelirrojo.

≈≈≈

Aquellas dos horas que permanecí en la taberna se me pasaron volando. ¡Lo confieso! Atravesaron mi tiempo como un suspiro de *Mercurio*, hasta que mi mente reaccionó ante un hecho ineludible: todavía no tenía un lugar donde pasar la noche. Aprovechándome de la disposición de mi nuevo amigo, le rogué que me indicara la dirección privada de un abogado con el que tenía que contactar. No solo me la indicó, sino que se mostró decidido a acompañarme. Llevaba un día monótono y no estaba dispuesto a pasarse toda la tarde dando vueltas como una peonza. Y así, sin esperarlo, cuando salí de la taberna me encontré acompañado de un magnífico guía que me ayudó a recorrer las calles de la colonia.

Junto a la recomendación pedagógica destinada al Legado Marco Trobo, mi maestro me había entregado otra carta personal, dirigida a un antiguo alumno suyo. Yo solo conocía su nombre: Aíto Bebio. Y una dirección totalmente desconocida para mí. Pero, conforme nos íbamos adentrando en las calles del barrio más selecto de la ciudad, el bueno de Púrpuro me fue informando que aquel antiguo discípulo de mi maestro, se había convertido en uno de los más ilustres abogados de *Cesaraugusta*. Cuando llegamos a nuestro destino, –una pequeña pero lujosa residencia próxima a la zona oriental de las murallas– entregué mi carta a uno de los esclavos y al instante, fuimos recibidos por el dueño de la casa. Aíto Bebio rondaba los cuarenta años y poseía cierta áurea ceremonial. Nos recibió en su sala de recepciones, donde lo encontramos leyendo la carta que yo había entregado, con una amplia sonrisa en la boca. Era un poco bajo. Yo le sacaba media cabeza y no digamos ya mi amigo Púrpuro, que se quedó en la puerta de la sala para no intimidarlo con su altura. Iba vestido con una túnica larga y bastante amplia de color blanco, atada en la cintura con un cordón, lo que producía ciertas bolsas en la tela que disimulaban grácilmente la ligera obesidad que tenía, como símbolo visible de alguien que ha alcanzado cierto status social. Su rostro era redondeado y remataba su cabeza con una incipiente calvicie. Cuando nos vio, levanto la mirada del pergamino, mostrándome unos ojos azulados llenos de vivencias y experiencias. Dejó la carta en una mesita que tenía a la derecha y se acercó a mí con las manos abiertas, cual mecenas agradecido.

–¡Loados sean todos los dioses por tu visita! –exclamó– ¿Cómo se encuentra nuestro ilustre maestro?

–Se encuentra bien, Aíto Bebio. –contesté– Siempre ha tenido un rincón de su memoria para vos.

Antes de que pudiese impedirlo, me agarró con sus manos y me dio un abrazo tan fuerte que pensé que me rompía un hueso. Tuve que hacer un esfuerzo para separarme, pero cuando lo conseguí, no perdí el tiempo y le interrogué por la posibilidad de un alojamiento, aunque fuera temporal. Recuerdo que la sonrisa de su redondeado rostro desapareció de inmediato.

–Juro por todos los *lares* de esta casa, –comenzó a decir– que si en mi mano estuviese, ahora mismo tendrías un cubículo personal para alojarte. Pero la gracia de la diosa *Juno*, nos concedió la alegría de tres maravillosos hijos con los cuales hemos llenado a rebosar esta humilde vivienda. Y no voy a caer tan bajo como para ofrecerte un aposento junto a mis esclavos. Sin embargo, –continuó, colocándose la mano en la barbilla– creo que podremos solucionar tu problema, muchacho.

Acercándose a la puerta de la sala, comenzó a llamar a gritos a uno de sus esclavos que acudió, raudo, a la voz de su amo.

–¡Ven conmigo, Marcio! –le ordenó, agarrándole del brazo y saliendo apresuradamente hacia el atrio de la casa– Voy a darte una lista de varios de mis clientes y vas a tener que visitarlos inmediatamente. Deberás transmitirles un mensaje muy preciso. ¿Lo has entendido?

Recuerdo muy bien, como aquel primer encuentro con Aíto Bebio en su casa resultó ser bastante agradable. Después de despachar a su esclavo, vino a buscarnos para invitarnos a acompañarle al jardín *peristilo* de su vivienda, donde esperaríamos la respuesta de sus gestiones. El lugar no era muy grande, pero era acogedor. Varios rosales, una pequeña fuente y dos o tres cepas de vid que subían emparradas por las columnas, decoraban la estancia donde un cálido sol vespertino inundaba con su luz el recinto. Nos sentamos en la *exedra*, y con una copa de un delicioso vino dulce que nos trajo una esclava, Bebio comenzó a acribillarme a preguntas que no me dejaba responder sobre nuestro querido maestro. Quería saberlo todo sobre él. Donde estaba; como estaba; que había hecho durante los últimos veinte años. Durante más de una hora, traté de sobrevivir a toda aquella artillería verbal que estuvo apunto de hacerme sucumbir, pero, por fin, llegó mi salvación. El esclavo regresó, con muy buenas noticias. Uno de los clientes de Aíto Bebio, accedió a alquilarme una habitación para dormir por un precio asequible.

Sentí como se me iluminaba la cara. Después de la caminata que me había dado, de los nervios que había pasado en el despacho del Legado y de las atribuladas cuestiones que había tenido que soportar en aquel *peristilo*, la noticia

me pareció genial. Me incorporé con rapidez y solicité al esclavo que me dijera la dirección de mi futuro aposento. No sé si la estampida que protagonizamos, tanto Púrpuro como yo aquella tarde, molestó a nuestro anfitrión. Lo que sí recuerdo, es que mi cuerpo lo que quería era descansar y por eso salí de aquella casa a todo correr, precedido de mi ocasional guía, que me llevaba raudo por las calles de aquella pequeña urbe que se había convertido en mi inmediato futuro. Recuerdo que, durante nuestra carrera, atravesamos la zona más lúdica de la ciudad, dejando el concurrido edificio de las *termas* a nuestra derecha, y el imponente teatro cesaraugustano a nuestra izquierda. Luego cruzamos la calle *Cardo* para introducirnos en una red de callejuelas donde las casas habían dejado de ser lujosas. Al fin, después de diez minutos de veloz itinerario, me encontré delante de la fachada de una pequeña *ínsula* de dos pisos que parecía ser el final de mi trayecto. Ví, con curiosidad, como al lado de la puerta de acceso al inmueble había dos tiendas que ocupaban los bajos del edificio. A la derecha, un espigado comerciante cuyas raíces se hundían en la tribu de los *ilergetes* tenía un puesto de aves donde amontonaba gran cantidad de jaulas con pollos, gallinas, palomas, perdices e incluso algún que otro faisán para los ricos hacendados. A la izquierda, una robusta matrona cesaraugustana se dedicaba a vender pescado fresco del *Iberus* y salazones marítimas que traía expresamente desde *Tarraco*. Encima de aquellas tiendas, dos pisos de viviendas alojaban ocho moradas de una buena calidad, a diferencia de otras *ínsulas*, sobre todo las de Roma, donde al ganar altura, se perdía calidad.

Había llegado a mi destino, así que me despedí amablemente de Púrpuro, que ya mostraba cierta prisa por volver a su puesto, y respirando hondo, me acerqué a la puerta principal para acceder al inmueble. Al entrar en el patio central de la *ínsula*, la visión que me encontré me sorprendió. El patio estaba ocupado por centenares de flores aromáticas que daban al ambiente un olor agradable y primaveral. Como pude saber, tiempo después, los vecinos cuidaban todas aquellas flores para tratar de mitigar el mal olor que subía, sobre todo en los días de calor, desde la tienda de aves y desde la pescadería. Asimilando aquella grata sorpresa, subí las escaleras hasta el primer piso y me acerqué a la primera vivienda situada a la derecha de la fachada, donde se encontraba mi deseado aposento. La puerta estaba abierta, como casi todas las demás, peor por educación, yo llamé. A los pocos segundos, aparecieron ante mí una pareja de adorables ancianos que me recibieron con generosidad. Y digo que eran adorables, porque en realidad lo eran. Durante el tiempo que estuve viviendo en aquella habitación, en aquella *ínsula*, me pareció estar viviendo en mi propia casa y no en un cubículo alquilado.

El viejo se llamaba Cario, y en sus años de juventud, había sido legionario, allá por los tiempos del emperador Vespasiano. Era más o menos de mi misma

estatura, aunque sus sesenta años de edad comenzaban a encorvarlo un poco. No era de constitución recia, pero sus músculos todavía conservaban parte de la fuerza que otrora tuvieron. Donde más se le notaba la vejez era en el rostro, plagado de arrugas por todas partes y con una cicatriz –recuerdo de su pasado militar– que le afeaba la parte izquierda de la mandíbula inferior. A pesar de ello, era un buen hombre, y sobre todo, un socarrón redomado, que se pasaba las preocupaciones de la vida por debajo del sobaco.

Su mujer se llamaba Celina, y solo puedo decir que era un pedazo de pan. A pesar de su cuerpo menudo –a penas llegaba a los 5* pies de altura– su corazón rebosaba bondad a raudales. Desde el primer momento, descargó sobre mí todo el cariño que llevaba años sin poder entregar a su único hijo, desplazado a *Tarraco* por motivos laborales. Era diez años más joven que su marido y se conservaba mejor que él. Todo en ella era redondeado: su rostro, sus brazos, sus piernas, sus manos. Y sin embargo no se la veía ni obesa, ni grotesca. Tenía unos ojos grandes de color marrón, que cuando te miraban, te inundaban con una dulzura excepcional. Desde el primer segundo que la ví, supe que me encontraba ante una buena mujer. Me invitaron a entrar en su humilde casa y desde aquel momento, algo en mí se transformó.

Juro por todos los dioses, que aquel primer día en la ciudad de *Cesaraugusta*, es uno de los recuerdos más agradables que poseo de mi existencia. Cuando, por fin, pude llegar a mi habitáculo y tumbarme en el camastro, toda la fuerza de mi cuerpo pareció abandonarme. Solo mi mente conservó el suficiente rigor, como para realizar un escueto resumen de todo lo acontecido durante el día. Recordé la entrevista con Marco Trobo. Recordé la grata comida en la taberna con Lúculo y con Púrpuro. La entrevista con Aíto Bebio y su afán por saber algo de nuestro maestro. Y, desde luego, el descubrimiento de aquella isla de bondad que representaba la vivienda de Cario y Celina. Todo eso me hizo reflexionar y recuerdo que un profundo sentimiento de nostalgia me inundó. Me acordé del cariño de mi madre. Recordé el afecto de mi padre. Sentí la falta de mis amigos, de mis compañeros, de mi maestro. También sentí nostalgia de mi añorada *Clunia* de sus calles, de sus *Foros*, de sus campos. Recuerdo que con aquel profundo sentimiento, el cansancio de mi cuerpo fue llamando al reparador sueño, que, poco a poco, fue llegando, mientras unas pequeñas lágrimas salían de mis ojos, para recorrer mis mejillas.